

# Dios está en nosotros



J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

**E**xistir significa estar fuera de uno y mostrarse. Dios existe en donde se muestra, o sea en el único ser animado con más alma posible gracias al desarrollo de una mente consciente de la propia alma. Serios estudios neurológicos demuestran la base material de la experiencia religiosa. A partir de base tan lógica, pues lo divino la necesita para revelarse a un ser material, los místicos de todas las religiones no nos hablan de un Dios celestial, lejano y silencioso, sino del que habita en el hondón más profundo del alma, reflejado como una imagen en su terso espejo. Dios es imagen y visión intuitiva, interior, del alma; revelación que le desvela a sus ojos, que se muestra a la mente para que tenga conciencia y fe (sepa y confíe) de que los interrogantes existenciales del ser humano (sentido del nacer, vivir y morir) son como tales su propia respuesta. Sin su innata presencia no se indagaría ni comprendería ésta última.

San Agustín hizo decir a Dios: "No me buscarías si no me hubieses ya encontrado". Ahora bien, cuando la realidad revelada de lo divino como experiencia se confunde con la elaboración racional que

Dios es el Innombrable y no el nombre que le da cada grupo imponiéndolo a los demás

de ella hace el cerebro, mediante fantasías elaboradas por una razón autonomizada de ese instinto de perennidad propio de un ser consciente de su creación, surgen supuestas "verdades" en las que se cree como dogmas con pretensión de certeza universal. El Tao budista y el monoteísmo semita, o Yahvé, Alá y el Dios Padre cristiano son sólo ideas y palabras y, además, de difícil traducción recíproca si se pretende el diálogo interreligioso frente a la absurda proclamación de que sólo una de esas ideas es la verdadera y contra la inhumana condena de que todo individuo que no crea en ella carece de salvación eterna. Nietzsche, el gran teólogo místico, destacó el carácter ideológico e idolátrico del Dios cristiano como idea-palabra histórico-cultural de unos poderosos, manipuladores de la religión para, en su propio provecho del poder, domesticar y dominar a las gentes. Lo mismo que Marx llamó con razón "opio del pueblo" y Kafka denunció en *El Castillo* como lenguaje característico de los amos y señores.

No se trata, con esa "muerte de Dios" de un ateísmo, imposible de decidida, sino todo lo contrario: algo que sólo la revelación divina en el alma inteligente puede y debe hacerse verdad en una conciencia evolucionada: Dios es el

Innombrable y no el nombre que le dé cada grupo social imponiéndolo a los demás. Lo que mayor confianza produce en el cristianismo como expresión religiosa colectiva es justo esa liberación de los dioses-ídolo culturales; la interiorización personal de lo divino y, por tanto, la secularización de lo sagrado en cuanto instrumento de poder dominador. Voltaire, Marx, Nietzsche, Kafka son profetas cristianos, fruto de ese impulso liberador revolucionario que encuentra su símbolo en la figura de un ser humano ungido en su alma por la divinidad, llamado Jesucristo. Lo cristiano es lo humano-divino singular y universal. Es, por eso mismo, la revelación divina más humana. No se endiosa buscando adquirir el poder de un dios al dogmatizar su revelación como verdad absoluta, sino que se limita a vivir, mística y humildemente divinizado, la realidad de aquélla. El alma cristiana es una María virgen de racionalismos ideológicos, que encarna a Dios como ser humano y que refleja su ser creador, maternal y amoroso trinitariamente por su carácter comunicativo de unidad-comunión con la humanidad-hija mediante el espíritu santificante y universal del alma, raíz de la fraternal condición humana. "¿Dónde estabas, Dios mío, durante el Holocausto?" se pregunta el Papa. Le ha contestado un chiste de El Roto en *El País*: "¡Pero hombre, en las cámaras de gas! ¿No te acuerdas?" □

J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

Catedrático de Derecho Constitucional

# Italia, laicidad y relativismo



TONI COMÍN

**E**n la izquierda italiana, se intercalan estos días dos debates complementarios, tan necesarios como apasionantes. Por un lado, está el debate de los intelectuales y los filósofos a propósito de la ofensiva ratzin-

La izquierda del país transalpino debate dos cuestiones suscitadas por posturas del Papa

geriana contra el relativismo. El día antes de su entronización, el nuevo Papa se estrenó clamando contra el mal de nuestro tiempo: la falta de valores, que mina los fundamentos culturales de la sociedad occidental. Lo malo de su discurso —que nadie niega que tenga su parte de verdad— es su diagnóstico y su propuesta de solución.

¿Cuál es, para él, el responsable de lo que considera una preocupante deriva nihilista? En principio, el relativismo sería lo propio de la posmodernidad y su negativa a reconocer ningún tipo de verdad moral. Sin embargo, al final la crítica ratzingeriana se dirige a la línea de flotación de una modernidad que ha construido la razón (la ciencia) y la libertad (la ética) desde la autonomía respecto al cristianismo. Así las cosas, una libertad sin Dios, se pierde necesariamente. Por eso, para él la posmodernidad no sería una reacción antimoderna, una crítica a los excesos del racionalismo, sino el verdadero rostro de la modernidad.

Otras veces parecería que cuando el Papa clama contra el relativismo está criticando la cultura materialista típica de nuestras sociedades capitalistas. En una sociedad sin Dios, el dinero y el consumo se convierten en los únicos dioses. He ahí una carga de profundidad contra los valores inventados y exportados por la sociedad occidental, y contra la conversión del capitalismo, ya no en pensamiento único, sino en "religión práctica universal". Sin embargo, demasiado a menudo ha asociado Ratzinger el relativismo con multiculturalismo, en un rechazo a poner todas las culturas y todas las religiones en un plano de igualdad, en esta nueva Europa de la inmigración. Recordemos la triste disertación de Ratisbona. ¿Es pues el ataque al relativismo un rechazo al consumismo occidental o una defensa de la superioridad de los valores occidentales, siempre y cuando estos se identifiquen con los valores del cristianismo?

Por último, el dardo moralizante del Papa parece dirigirse contra una cultura que ha roto con la visión tradicional de la familia y defiende el matrimonio homosexual, ya no rechaza el divorcio, abre con

cautela el debate sobre la eutanasia o no quiere barrar, sin más, la investigación científica con células madre. Ratzinger emerge, ahí, como el defensor la visión tradicional de la familia y nos recuerda lo que es pecado y lo que no en el campo de las relaciones humanas.

### ¿Hay en el ratzingerismo un amago de recreación pacífica de la teoría del choque de civilizaciones?

Al final, diríase que Ratzinger, cuando clama contra el relativismo, acaba haciendo, no sabemos si voluntariamente, un *totum revolutum* en el que todo cabe: la modernidad y la posmodernidad, el consumismo capitalista y el multiculturalismo, la libertad sexual y las otras religiones. ¿Cuál es, ante tal catástrofe moral, ante tanto peligro asediando desde tantos frentes distintos, la salvación espiritual de nuestra sociedad? De hecho, la respuesta es muy sencilla. El cristianismo es, dice el Papa, la religión verdadera. Sólo en ella se

revela plenamente la verdad de Dios, en tanto que realidad amorosa que crea el mundo y lo salva. Siendo así las cosas, la libertad (la razón práctica) se tiene que dejar guiar por la fe (esto es, por su interpretación vaticana).

Lo preocupante de este planteamiento es que parece que para Ratzinger el cristianismo sea el núcleo último de identidad de Occidente. La solución es, pues, una recristianización de Occidente: unas democracias liberales que se dejen guiar por la moral católica (oficial). ¿Qué ocurre, pues, con la secularización, la laicidad y la separación de trono y altar que la modernidad ha tardado cinco siglos en conseguir? ¿Es el ratzingerismo un neo-confesionalismo, a la vez posmoderno y medievalizante? ¿Qué ocurre, en segundo lugar, con el resto de civilizaciones cuya identificación religiosa está lejos, muy lejos, del cristianismo? ¿Hay en el ratzingerismo un amago de recreación cultural (y, en este sentido, pacífica) de la teoría del choque de civilizaciones? □

TONI COMÍN

Diputado del Parlament de Catalunya



**Siempre puedes mirar hacia otro lado y pasar página.**

Puedes ignorar o puedes saber. Puedes cerrarte o puedes abrirte. Tú decides. Si estás dispuesto a mirar de frente a la actualidad, descubre 21RS. La revista cristiana abierta a la realidad.

No pases página, suscríbete. 902 213 214 / www.21rs.es

**21**  
RS  
la revista cristiana de hoy